

ATLAS DE SUEÑOS (CARTA A ANTONIO A. GUERRERO HERNÁNDEZ)



Frédéric-Yves Jeannet

Querido Antonio,

Seguramente tienes tan presente como yo ese *Atlas* cuyo proyecto concebimos juntos hace unos cuantos años (aunque sus primeras raíces remonten más lejos: se pueden encontrar en un texto que escribimos en colaboración después de un viaje a San Cristóbal de las Casas y San Juan Chamula en Semana Santa de 1980 y publicamos por entregas hace doce años en el boletín informativo de la ENEP Aragón con el título *Chamula: magia del sueño*); proyecto a la vez sencillo y muy ambicioso, irrealizable quizá –pero ¿quién sabe?– dentro del plazo que fijamos (el año 2000, como recordarás) tal vez podamos cumplir con él, aunque sólo sea en forma parcial. Se trata, pues, nada menos que de elaborar un *Atlas de México*. A pesar de lo que sugiere ese título provisional, no se trata ni de una guía turística, ni de un texto de etnología o sociología (aunque podría incluir también estos aspectos), sino de un recorrido personal de nuestro país, tuyo por derecho de *jus solis*, mío por haberlo adoptado a los 18 años; desde aquellos lejanos “años mozos” busco la manera de escribir algo acerca de esta tierra a la que he tomado tanto apego, pero no he hallado todavía, y quizá nunca encuentre la forma específica que con obstinación intento vislumbrar, la forma necesaria que es preciso descubrir para aportar algo nuevo a todo lo que ya se ha escrito sobre México... Ese atlas proyectado sería para mí una forma de describir por primera vez mi Patria real e imaginaria, mi Patria elegida. Se trata

pues de un proyecto vital más que científico o documental, que ha rondado por mi mente (como también, estoy seguro, por la tuya) en forma constante a lo largo de estos últimos años, en cada uno de mis recorridos del país por carretera o en avión; proyecto cuya necesidad se ha vuelto cada vez más aguda durante los años que viví fuera de México, en Suiza, Francia y España, y particularmente en mi último año de destierro en Suecia. Sin embargo, nunca he podido escribir ni la primera línea de lo que tengo en mente.

En este mes de agosto de 1992, acabo de releer en las playas del norte de Guerrero la corta novela mexicana de Julio Verne titulada *Un drame au Mexique*, que ya había analizado en dos ocasiones con mis estudiantes de la UAM-Azcapotzalco. Quiero aprovechar la oportunidad de esta carta para traducir aquí algunos fragmentos esclarecedores de este texto poco conocido que me gustaría citar en nuestro "atlas".

Entre los numerosos autores extranjeros que han escrito sobre México desde la Conquista y los *Essays* de Montaigne, Julio Verne es uno de los más destacados, pero paradójicamente sus textos mismos siguen siendo en gran medida desconocidos: han quedado opacados por obras más especializadas, documentales o de ficción. Dentro de los polifacéticos *Viajes extraordinarios* de Julio Verne, que configuran una red muy extensa, un amplio tejido de lugares y correspondencias espacio-temporales, de narraciones y descripciones geográficas que pretenden cubrir la totalidad del globo terráqueo, incluyendo los mares, las profundidades geológicas y aun los satélites cercanos, México ocupa un lugar singular y poco conocido; existen numerosas referencias al país en novelas que transcurren en otros escenarios, pero México es, sobre todo, el escenario único de la novela corta mencionada, *Un drama en México*, subtitulada "o los primeros navos de la marina mexicana", obra temprana publicada por entregas en la revista *Le Musée des Familles* en 1852, cuando Julio Verne sólo tenía 24 años, e incluida en la edición de los *Viajes extraordinarios* que publicó el editor Hetzel en 1867. Es asombrosa la erudición del joven autor que logra reconstruir e imaginar a partir de la documentación existente el relieve y la vegetación del país sin conocerlo (Julio Verne viajó a Estados Unidos en 1867 a bordo del *Great-Eastern*, buque que instaló el cable telefónico transoceánico, pero sus demás viajes no lo llevaron más allá del Mediterráneo y Escandinavia); no debe

subestimarse el hecho que Verne haya escogido a México, país tan ajeno a sus orígenes provincianos franceses, como escenario de uno de sus primeros textos narrativos: es probable que nuestro país haya sido para él, como lo fue para Rimbaud, “una materialización de esa otra parte terrestre que siempre buscó tan apasionadamente”, “el principal lugar de exposición del enorme enigma americano, una de las principales caras ocultas de nuestra historia”, como me dijo Michel Butor en una entrevista.

Un drame au Mexique describe una travesía del país, en 1825, entre Acapulco y las cercanías del Popocatepetl, y está dividido en cinco capítulos titulados de acuerdo a las etapas del itinerario recorrido por los personajes: I. De la isla Guajan a Acapulco; II. De Acapulco a Cigualán; III. De Cigualán a Tasco (*sic*); IV. De Tasco a Cuernavaca; v. De Cuernavaca al Popocatepetl (*sic*).

Esta novela corta puede ser considerada como un esbozo de la travesía del cono sur de América y de Australia siguiendo el paralelo 37 en *Los hijos del Capitán Grant* (1867), o como un experimento preliminar de las dificultades topográficas que se plantearían en la redacción de *Las tribulaciones de un chino en China* (1879) o *La vuelta al mundo en 80 días* (1873, año en que también fue escrita e impresa la *Temporada en el infierno* de Rimbaud, quien fuera por cierto un lector aficionado de Julio Verne, cuya influencia se puede notar en *Barco ebrio*, escrito en 1871, a dos años de la publicación de *20 000 leguas de viaje submarino*).

Siendo *Un drama en México* una novela de juventud, Julio Verne todavía no se muestra totalmente dueño de su oficio novelístico; la trama narrativa es muy lineal, no ofrece mayores sorpresas, y está lejos de tener la riqueza y complejidad de las novelas de madurez mencionadas, u otras como *Cinco semanas en globo* (1862), su primer éxito internacional, *La isla misteriosa* (1874) o *Los Quinientos Millones de la Begum* (1879). Aquí los personajes están caracterizados en forma algo esquemática. La anécdota es muy elemental: después de un motín a bordo de dos naves españolas en el Pacífico, los personajes se dividen en dos grupos: los amotinados, que conciben el plan de vender los barcos a la nueva república mexicana recién independizada, y dos jóvenes, Jacopo y Pablo, que guardan fidelidad al capitán de uno de los barcos, Don Orteva. El teniente Martínez, quien encabeza a los amotinados, se dirige por tierra, con el gaviero José, desde Acapulco

hacia la ciudad de México; un sumario “drama” los enfrenta a Jacopo y Pablo, quienes acaban por vengar a Don Orteva.

En las descripciones del relieve y de la vegetación mexicana es donde reside para nosotros el gran interés del texto. Nos muestra el método de trabajo de Julio Verne, quien reunía una amplia documentación antes de sentarse a escribir cotidianamente, durante más de cincuenta años, esa obra cosmológica. Aquí nos ofrece una fiel imagen del país en 1825, comparable en su precisión histórica y geográfica a la que proporciona, por ejemplo, Mathieu de Fossey en *Le Mexique* (París, 3a. edición, 1865), obra que pudo haber utilizado J. Verne en una de las ediciones anteriores para la elaboración de su novela.

Esta es una descripción general del relieve en el capítulo II de *Un drama en México*:

México se caracteriza entre todas las comarcas del globo por la extensión y altura del altiplano que ocupa su centro. La cadena de las Cordilleras, bajo el nombre general de Andes, atraviesa toda la América meridional, surca Guatemala, y al entrar en México se divide en dos ramas que accidentan paralelamente ambos lados de su territorio. Empero, estas ramas no son sino las dos laderas del inmenso altiplano de Anáhuac, situado a dos mil quinientos metros sobre el nivel de los mares vecinos. Esta sucesión de planicies, mucho más extendidas y no menos uniformes que las del Perú y de la Nueva-Granada, ocupa cerca de tres quintas partes del país. La Cordillera, al penetrar en la antigua Intendencia de México, toma el nombre de “Sierra Madre” y a la altura de las ciudades de San-Miguel y Guanaxato (*sic*), después de dividirse en tres ramificaciones, se pierde hacia el grado 57 de latitud norte.

Entre el puerto de Acapulco y la ciudad de México, distantes el uno de la otra de ochenta leguas, los movimientos del terreno son menos bruscos y los declives menos abruptos que entre México y la Vera-Cruz. Después de hollar el granito que aflora en las ramas cercanas al gran Océano, piedra en la que está tallado el puerto de Acapulco, el viajero no encuentra más que rocas porfíricas de las cuales la industria arranca el yeso, el basalto, la caliza primitiva, el estaño, el cobre, el hierro, la plata y el oro. Precisamente, el camino de Acapulco a México ofrecía puntos de vista, sistemas de vegetación muy particulares, a los que prestaban atención o no dos jinetes que cabalgaban de conserva, algunos días después de llegar al fondeadero el briobarca *La Constanza*. (Edición Hetzel, París, 1867, cap. II, pp. 228-229, traducción de F.-Y. Jeannot).

En el mismo capítulo, Acapulco está descrito en los siguientes términos:

De los cuatro puertos que posee México sobre el Océano Pacífico, San Blas, Zacatula, Tehuantepec y Acapulco, este último es el que más recursos ofrece a los navíos. Si bien es cierto que la ciudad está mal construida y es insalubre, la ensenada es segura y fácilmente podría contener cien buques. Altos acantilados abrigan los navíos por todos lados y configuran una dársena tan apacible que un extranjero, llegando por tierra, pensaría ver un lago encerrado en un circuito de montañas. (*Ibid.*, p. 227).

La fauna y la flora están minuciosamente observadas:

Los dos viajeros habían alcanzado una pequeña eminencia, ampliamente sombreada por palmeras de abanico, nopales y salvias mexicanas. A sus pies se extendía una vasta planicie cultivada, y toda la frondosa vegetación de las tierras calientes se ofrecía ante sus ojos. A la izquierda, un bosque de caoba atravesaba el paisaje. Elegantes pimientos mecían sus ramas flexibles con los soplos ardientes del Océano Pacífico. Campos de cañas erizaban el llano. Magníficas cosechas de algodón agitaban sin un sonido sus penachos de seda gris. Aquí y allá crecían el convólculo o jalapa medicinal, el pimiento colorado, los índigos, los cacao, los palos de campeche y de guayaco. Todos los productos variados de la flora tropical, como las dalias, mentzelias, *helicanthus*, irisaban con sus colores ese terreno maravilloso, el más fértil de la Intendencia mexicana.

¡Sí! Toda esta bella naturaleza parecía cobrar vida bajo los rayos candentes que el sol derramaba a raudales sobre ella; pero también, bajo ese calor insoportable, los desafortunados habitantes se retorcían en los apremios de la fiebre amarilla! Por esta razón permanecían sin movimiento ni ruido estos llanos inanimados y desiertos. (*Ibid.*, pp. 230-232).

Los dos españoles acudieron a la caballeriza, mandaron a ensillar sus caballos y llenaron sus "mochilas", especie de bolsa que forma parte de los arreos, con tortas de maíz, granadas y carnes secas, ya que en las montañas correrían el riesgo de no encontrar comida suficiente. Después de pagar este gasto, montaron a horcajadas en sus caballos y tomaron hacia la derecha.

Por primera vez divisaron el roble, árbol de buen augurio, al pie del que se interrumpen las emanaciones insalubres de las mesetas inferiores. En estos altiplanos situados a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, las producciones importadas desde la conquista se mezclaban a la vegetación indígena. Trigales se extendían en ese fértil oasis donde crecen todos los cereales europeos. Los árboles de Asia y de Francia entremezclaban sus

frondas. Las flores de Oriente salpicaban los tapetes verdes, junto con las violetas, los acianos, la verbena y la margarita de las zonas templadas. Algunos arbustos acucifolios contorsionados variaban el paisaje aquí y allá, y el olfato se deleitaba con las suaves emanaciones de la vainilla, protegida por la sombra de los *anyris* y de los ocozoles. Por lo tanto, los dos aventureros se sentían cómodos bajo esa temperatura promedio de veinte a veintidós grados que tienen en común las zonas de Xalapa y de Chitpanzingo (*sic*), comprendidas bajo la denominación de "tierras templadas". (*Ibid.*, t. IV, p. 241).

En el mismo capítulo, que transcurre entre Taxco y Cuernavaca, encontramos esta asombrosa descripción de Xochicalco, que indica un interés *avant la lettre* por los vestigios prehispánicos:

Esta comarca se presentaba entonces bajo un aspecto abrupto en extremo, y hacía presentir los gigantes picos cuyas cimas basálticas paran las nubes que llegan del gran Océano. A la vuelta de una amplia roca apareció el fuerte de Cochicalcho (*sic*) construido por los antiguos Mexicanos, cuya planicie mide nueve mil metros cuadrados. Los viajeros se dirigieron hacia el cono inmenso que forma su base, coronado por rocas oscilantes y ruinas gesticulantes.

Después de poner pie en tierra y de amarrar sus caballos al tronco de un olmo, Martínez y José, deseosos de verificar la dirección de la carretera, escalaron hasta la cumbre del cono ayudándose con las asperezas del terreno.

Al caer la noche, ésta revestía los objetos con indecisos contornos, y les prestaba formas fantásticas. El viejo fortín se parecía bastante a un enorme bisonte en cuclillas, con la cabeza inmóvil, y la mirada inquieta de Martínez creía ver sombras agitándose sobre el cuerpo del monstruoso animal. (*Ibid.*, t. IV, p. 244).

No faltan, por supuesto, indicaciones demográficas y etnográficas sezonadas con pinceladas de racismo difuso, como lo encontramos a menudo aun en las obras europeas más innovadoras del pasado:

[...] Los viajeros se apresuraron. Sin pararse, atravesaron los pequeños pueblos de Contepec e Iguala, y llegaron a la ciudad de Taxco.

José había dicho la verdad. Era una ciudad grande al lado de las ínfimas aldeas que habían dejado atrás. Una especie de albergue se abría sobre la calle más ancha. Después de entregar sus caballos a un criado de la caballeriza, entraron a la sala principal, donde se erguía una mesa larga y estrecha ya servida.

Los españoles tomaron asiento, frente a frente, y empezaron una comida que hubiera sido suculenta para un paladar indígena, pero que sólo el hambre podía volver soportable para los paladares europeos. Eran vestigios de pollo flotando en una salsa de chile verde, porciones de arroz acompañadas con chile rojo y azafrán, viejas aves rellenas de aceitunas, pasas, cacahuates y cebollas, calabazas dulces, garbanzos y verdolagas, todo eso acompañado por "tortillas", especie de galleta de maíz cocida en una placa de hierro. Luego se sirvió algo de tomar, después de la comida. (t. III, pp. 238-239).

Por supuesto, habría que citar también, en nuestro *Atlas* a Malcolm Lowry, autor de esta frase inmemorial que ha resonado en mi mente desde hace algo así como 18 años: "*It is not Mexico of course but in the heart*".

Convendría establecer un paralelo entre el primer fragmento de Julio Verne que cité y el célebre *incipit* de *Bajo el volcán* (ese volcán para mí tan entrañable que en cada uno de mis viajes he añorado la sombra y la luz que arroja sobre mi vida, ahora lo veo erguirse iluminado por los primeros fulgores del amanecer, al borrar esta carta que me he levantado a escribir a las 3 de la madrugada, atormentado por el insomnio perpetuo):

Dos cadenas montañosas atraviesan la República, aproximadamente de norte a sur, formando entre sí valles y planicies. Ante uno de estos valles, dominado por dos volcanes, se extiende a dos mil metros sobre el nivel del mar, la ciudad de Quauhnhuac. Queda situada bastante al sur del Trópico de Cáncer; para ser exactos, en el paralelo diecinueve, casi a la misma latitud en que se encuentran, al oeste, en el Pacífico, las islas de Revillagigedo o, mucho más hacia el oeste, el extremo más meridional de Hawái y, hacia el este, el puerto de Tzucoc en el litoral Atlántico de Yucatán, cerca de la frontera de Honduras Británica o, mucho más hacia el este, en la India, la ciudad de Yuggernaut, en la Bahía de Bengala. (Traducción de Raúl Ortiz y Ortiz).

Volcán cuya sombra se extiende sobre varias de las poblaciones que pensamos describir en el *Atlas*, así como se extendió sobre el resto de la vida y de las obras "menores" de Lowry: en su última novela inconclusa, *October Ferry to Gabriola*, todavía escribiría:

[...] and to the right hand beyond the blue sea, beneath the blue sky, the mountains on the British Columbian mainland traversed the horizon, and

on that right side too, luminous, majestic, a snowy volcano of another country (it was Mount Baker over in America and ancient Ararat of the Squamish Indians) accompanied them, with a white distant persistence, and at a different speed, like a remote, unanchored Popocatepetl. (Plume Books, Nueva York, 1971, pp. 3-4).

También habría que estudiar las relaciones entre las obras mexicanas de Julio Verne, Malcolm Lowry, D. H. Lawrence, Katherine Anne Porter, Graham Greene, William Burroughs, Jack Kerouac, J. M. G. Le Clézio, Max Frisch, Michel Butor, etcétera, y otro tipo de documentos, como son: *Residencia en México, 1826 (Journal of a Residence and Tour in the Republic of Mexico in the Year 1826)* de G. F. Lyon (FCE, 1984), *Un viaje a México en 1864* de la Condesa Paula Kolonitz (FCE, 1984), *Escritores norteamericanos y británicos en México* de D. Wayne Gunn (FCE, 1977), y muchas obras más, de las cuales podríamos extraer, como diamantes negros para nuestra alquimia, una infinidad de fragmentos vinculados con las poblaciones que recorramos.

Ya en alguna ocasión, aprovechando una de tus visitas a Cuernavaca desde Aguascalientes, habíamos elaborado una guía de trabajo, una primera lista alfabética abierta y arbitraria que incluye 91 nombres de poblaciones escogidas por su relevancia geográfica, demográfica, etnográfica, su sonoridad, los ensueños y enseñanzas poéticas que nos podría proporcionar su exploración sistemática, y otra serie de factores entre los cuales destaca el azar. Por cada uno de los estados de la República escogimos dos o tres poblaciones sobre las cuales pensamos escribir en forma prioritaria. Cito a continuación los 20 primeros nombres de esta lista que reza así: Acapulco, Gro.; Acatlipa, Mor.; Actopan, Hgo.; Actopan, Ver.; Aguascalientes, Ags.; Amecameca, Méx.; Calvillo, Ags.; Campeche, Camp.; Cancún, Q. R.; Celaya, Gto.; Cd. del Carmen, Camp.; Cd. Juárez, Chih.; Coacalco, Méx.; Colima, Col.; Comcalcalco, Tab.; Compostela, Nay.; Cozumel, Q. R.; Cuernavaca, Mor.; Cuetzalan, Pue.; Chilpancingo, Gro.; etcétera.

¡Buen viaje!

Cuernavaca, Mor., a 30 de agosto de 1992.

Posdata (Cuernavaca, Mor., a 29 de mayo de 1993):

Estoy consciente (y pido disculpas al benévolo lector por ello) de

haber mezclado en esta carta abierta muchos géneros: los jirones de un ensayo sobre Julio Verne (parte de un proyecto sobre “La imagen de México en la literatura europea”), fragmentos de una traducción y un texto epistolar. Semejante *patchwork* seguramente resulta una especie de provocación en el ámbito universitario. Pero por más lejos que intente remontar en mi memoria, siempre he tenido el afán de buscar entre los géneros tradicionales las pistas de una “nueva escritura”, la cual invariablemente escapa, inasible, a nuestros intentos por captar o capturarla. Por otra parte, me parece ahora evidente que esta “Carta a Antonio A. Guerrero Hernández” es, de alguna manera, un *remake* de las “cartas mexicanas” de Butor, una respuesta oblicua que les di mediante otro destinatario, más apto que yo para tomar el relevo, escribir y hacerme escribir sobre México (véase “La pasión según Butor”, en colaboración con Antonio Marquet).